

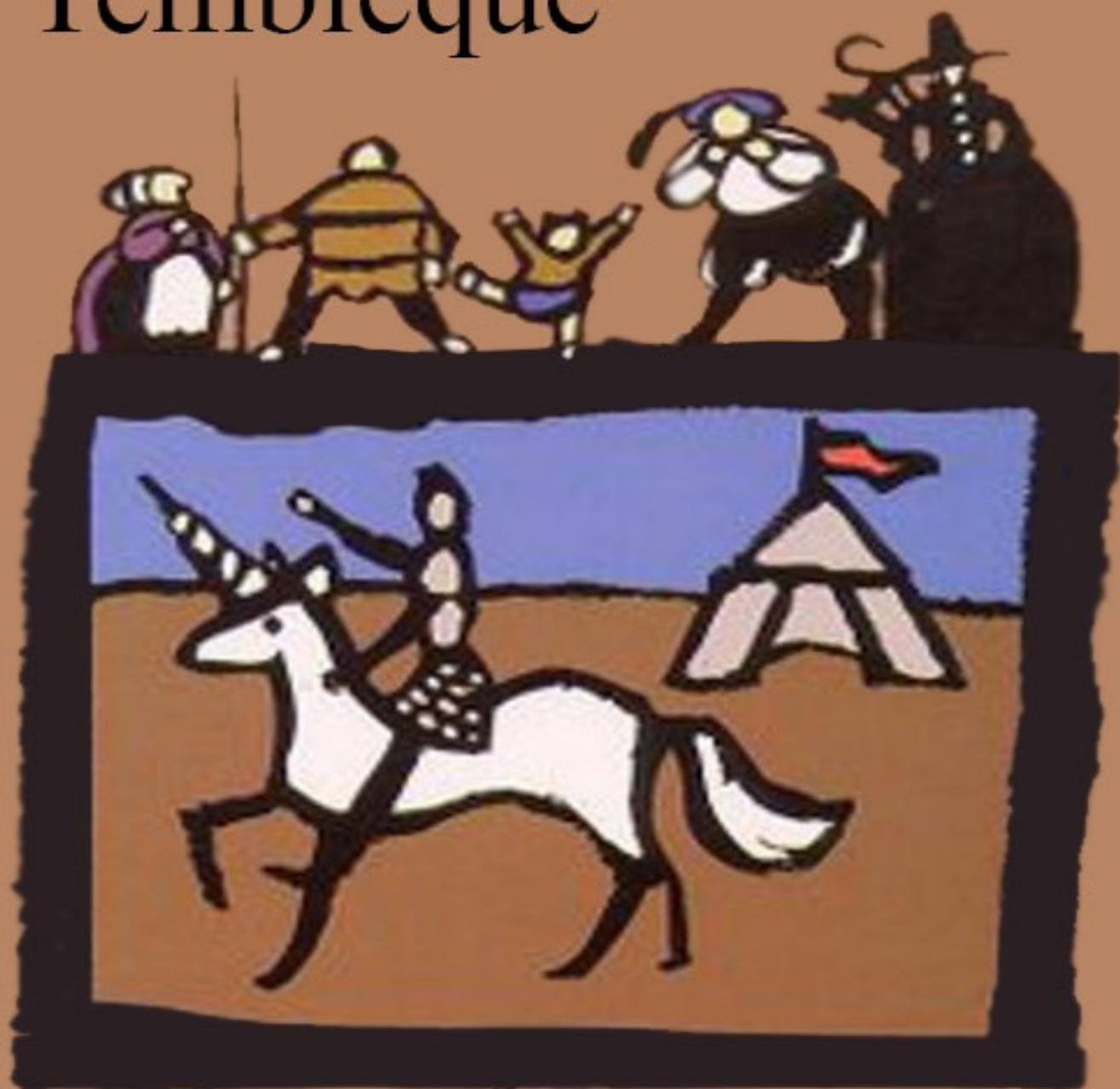
EL BARCO



DE VAPOR

Dick King-Smith

El caballero Tembleque



de

Se supone que los caballeros tienen que ser valientes, montar a caballo, luchar contra los dragones y salvar a las damas. Pero el caballero Tembleque es un tanto especial. Se supone que los caballeros tienen que ser valientes, montar a caballo, luchar contra los dragones y salvar a las damas. Pero el caballero Tembleque es un tanto especial.



Dick King-Smith

El caballero Tembleque

Serie Naranja - 87 (El barco de vapor)

ePub r1.1
Tiver 17.08.13

Título original: *Tumbleweed*

Dick King-Smith, 1987

Traducción: Asun Balzola

Ilustraciones: Asun Balzola

Editor digital: Tiver

Primer editor: Staky (EPG)

Corrección de erratas: El Tempranillo

ePub base r1.0



Capítulo 1

UN ruido brusco rompió el silencio del bosque.

Era como si alguien pidiera auxilio desde el interior de una lata de sardinas. El caballero Tembleque se encontraba en apuros una vez más.

Tembleque era un hidalgo pelirrojo, alto y delgado, con unos bigotes muy largos que se curvaban tristemente hacia abajo. Se trataba del hidalgo más propenso a los desastres que uno podía encontrarse en toda la alegre Inglaterra. Además, era un manojo de nervios, el pobre, y tenía terror a los caballos. Éstos eran tan grandes —tenían que serlo, claro está, para llevar encima caballeros de pesadas armaduras— que, una vez que conseguía sentarse allí arriba, se veía lejísimos del suelo y, como tenía miedo a las alturas, se agarraba con tanta fuerza al cuello del animal con sus brazos metálicos que los caballos se asustaban, echaban a correr y..., ¡hala!, Tembleque salía despedido por los aires.

Lo malo era que, una vez en el suelo, le resultaba imposible volver a montar. Así que cantidad de veces se quedaba horas y horas tirado en el suelo, gritando socorro desde lo más profundo de su yelmo.

La vez que nos ocupa, Tembleque fue más afortunado. Justamente cuando acababa de chillar «socorro» por tercera vez, miró hacia arriba y vio que una sombra se erguía sobre él.

Vestía completamente de negro, desde el sombrero hasta la larga capa. También era negro el gato que se arrimaba a sus pies, y una especie de pañuelo que ocultaba completamente su rostro. Todo lo más que dejaba entrever eran un par de ojos grises que miraban fijamente.

«¡Una bruja!», pensó Tembleque, y se dio perfecta cuenta de que las brujas le aterrizaraban, aunque no hubiera visto ninguna hasta aquel preciso instante.

El caballero Tembleque, tumbado en el suelo cuan largo era, se quedó rígido de miedo, convencido de que la bruja le convertiría en una rana.

«A lo mejor sería más interesante ser una rana —pensó—. Por lo menos no tendría que ponerme esta horrible armadura o montar en mi horrible caballo, ni hacer ninguna de las horribles cosas que tengo que hacer, como luchar en las justas, matar dragones o rescatar a damiselas en apuros. ¡Hala, venga! ¡Atrévete! ¡Para lo que me importa...!»

—Relájate, querido —le dijo entonces la bruja—. No lo haré.

Curiosamente, y a pesar de que el caballero Tembleque estaba convencido de que era espantosamente fea, su voz tenía un tono bajo la mar de agradable, en vez del chirrido que se supone deben de tener las brujas.

—¿Que no harás el qué? —preguntó.

—Que no pienso convertirte en una rana.

—¡Me lees el pensamiento! —exclamó Tembleque jadeando de miedo.

—Es una de las cosas que las brujas espantosamente feas sabemos hacer.

Tembleque se puso colorado como un pimiento.

—Supongo que conocerás mi nombre.

—Sí, caballero Tembleque.

—Y supongo que sabes que nunca he conseguido rescatar a una damisela del peligro ni enfrentarme a un dragón, porque soy demasiado nervioso, y que tampoco he llegado a cruzar mi lanza con otro caballero, pues me caigo de la montura mucho antes de llegar a él.

—Sí —respondió la bruja—. Ya sé todo eso. Y sé también que necesitas ayuda, puesto que la has pedido. Por cierto, ¿por qué no empiezas por ayudarte a ti mismo?

—¿Cómo?

—Primero, quítate el yelmo.

Después de luchar por unos minutos con la visera que se le cerraba sin previo aviso, con lo cual casi pierde la nariz en el empeño, el caballero Tembleque consiguió liberarse del casco.

—¡Ahhhh! —suspiró aliviado—. Me quito un peso de encima.

—Ahora, los guanteletes.

El hidalgo se deshizo de sus guantes metálicos.

—Y la cota.

Fuera la cota también.

—Y ahora, la coraza y las mallas.

Obedientemente, Tembleque se liberó de la pesada coraza y de las mallas que oprimían sus huesudas piernas.

—Bueno, muy bien. Ahora, uno... dos y... ¡hopla!

El caballero Tembleque se encontró de pie en un santiamén, en jubón y calzones, al lado de la bruja.

—Qué, ¿te encuentras mejor así? —preguntó a continuación.

—¡Oh, sí! ¡Gracias! —gritó Tembleque y, acto seguido, se abalanzó sobre su caballo, que pastaba apaciblemente por allí. Puso el pie en el estribo y subió sobre la montura con tal ímpetu que cayó al otro lado. El caballo desapareció galopando sin parar.

—¡Déjalo marchar! —dijo la bruja—. Ese bicho tan torpe no te sirve para nada.

—Pero ¿cómo voy a ser un valiente caballero sin caballo ni armadura?

—¿Cómo vas a ser un valiente caballero de todas formas?



El hidalgo suspiró y las puntas de sus rojos bigotes se curvaron todavía más hacia abajo.

—Tienes razón —asintió, sombrío—. Creo que soy un miedoso. De hecho, casi todo me da miedo. Ésa es la verdad —y volvió a mirar los ojos grises de la bruja, que eran lo único que veía de su cara—. Pero tú ya lo sabes...

—Déjame que te pregunte algo —le dijo la bruja—. ¿Tú crees que no tener miedo a nada significa ser un valiente?

—Sí.

—Te equivocas, caballero Tembleque. Ser valiente es sentir miedo, pero ser capaz de superarlo. Ahora, dime, supongamos que tuvieras que hacer frente a un león: ¿cómo te sentirías?

—Aterrado —contestó el pobre hidalgo sin pensárselo dos veces.

—¿Qué harías, pues?

—Correr como un desesperado —y Tembleque tuvo un temblor—. Gracias al cielo que no hay leones por estos andurriales. Sólo con que lo menciones, se me ponen los pelos de punta. Prefiero enfrentarme con un gato. Así, del tamaño del tuyo, por ejemplo —y se inclinó para acariciar al animal, pero el bicho agachó las orejas, curvó el lomo, abrió las fauces en una terrible mueca y elevó su cola, con lo que el caballero retrocedió nerviosamente. Después se dio cuenta de que el gato no le miraba a él. El gato miraba a alguien o algo que estaba detrás de él.

Un temblor helado le recorrió el espinazo. Se volvió y se encontró cara a cara con un león de buen tamaño.

Capítulo 2

EL corazón del caballero Tembleque se quedó parado. El león, también; sólo movía la lengua, relamiéndose.

Despacito, despacito, el hidalgo retrocedió un paso y otro, y un tercero. Entonces sintió la mano de la bruja en su espalda.

—No te conviene escapar, querido —le susurró ella al oído—. Está demasiado cerca. Quédate donde estás y desafíalo. Es una gran oportunidad para demostrar tu valentía. Después de todo, no es más que una pobre bestia...

—Una bestia la mar de grande —tartamudeó Tembleque—. ¿No podrías convertirlo en una rana? Creo que sería capaz de desafiar a una rana.

En ese preciso momento, el león dio un paso al frente y abrió las fauces, mostrando un sinfín de dientes afilados como navajas.

—¡GRRRRRRRRR! —rugió.

—¡GRRRRRRRRRRRRR! —respondió el caballero Tembleque, totalmente aterrorizado. Al oírle, el león se quedó mudo y le miró ansiosamente.

—Lo has dejado preocupado —observó la bruja—. ¿Por qué no pruebas otra vez?

—¡GRRRRRRRRRRRRR! —chilló el hidalgo, que seguía aterrorizado, y esta vez el león dio un paso atrás.

—Ahora, ¡échalo! —le conminó la bruja, al mismo tiempo que le empujaba violentamente hacia el animal.

Tembleque perdió el equilibrio, se pisó a sí mismo y casi se fue al suelo. Movié los brazos como pudo en el desesperado intento de no acabar por tierra y el león, al ver la extraña y desgalichada figura que se le venía encima con aquellos brazos como aspas de molino, se dio la vuelta y echó a correr con el rabo entre las patas.

—¡Mira tú por dónde! —exclamó la bruja—. Creía que habías dicho que eras un cobarde.

—Lo soy, lo soy —le contestó Tembleque, secándose el sudor de la frente.

—Pues parece que no temes a los leones. Has dicho que echarías a correr si veías uno y mira lo que ha pasado: no solamente no has huido, sino que lo has desafiado.

—Sí, pero...

—¡Nada de peros! Te hemos visto en acción. ¿Verdad, Grim?

El gato negro maulló y se frotó contra las piernas del caballero.

—Te hemos visto. A ti, un desvalido caballero sin armadura, frente a un enorme león, que se ha visto obligado a huir ante tu feroz presencia.

—Verás, es que... —murmuró Tembleque.

—Veo y veo muy bien —le respondió la bruja—. Veo, delante de mis narices, no sólo a un caballero, no sólo a un valiente, sino al caballero más valiente de toda Inglaterra.

—¿Le ves?

—Pues claro que le veo. Nadie habría hecho lo que tú.

—¿Nadie?

—Esa frialdad, esa presencia de ánimo frente al peligro... Ese feroz alarido... Y tu rapidez en el ataque... Nunca he visto cosa igual.

—¿Nunca?

—Nunca, y eso que dices conocer el miedo...

—¡Ya lo creo!

—Bueno, ¡pues lo has superado!

—¿Sí?

De pura satisfacción, la cara de Tembleque pasó de la más blanca palidez a un sano y agradable color rosa. Dejó de temblar y hasta las puntas de sus bigotes se irguieron algo.

—¡Lo he conseguido! —gritó entonces—. ¡Lo he conseguido! —y dio unos pasos al frente inflando los pulmones para sacar pecho—. ¿Sabes? Me encuentro genial. Casi, casi no me importaría que ese bicho volviera. ¡Ya le enseñaría yo quién es el amo!

—Lo siento mucho —dijo tras él una voz muy, muy profunda.

El caballero Tembleque se dio media vuelta y se encontró con que el león había vuelto, ciertamente, y yacía a sus pies, con la cabeza sobre las patas y una mirada llena de arrepentimiento.

—No debía haber rugido de aquel modo. Una falta de consideración por mi parte. Lo siento —dijo el león.

—Lo sientes, ¿eh? ¡Ahora lo sientes! ¡Lo sientes porque me temes!

—¡Oh, sí, mi señor!

—Bueno, está bien que me reconozcas como tu superior.

—¡Oh, sí, mi señor!

—¡Este bicho se ha aficionado a ti! —comentó la bruja.

—¿Qué? —chilló Tembleque—. ¡Oh, ah! Quieres decir... Bueno, no es tan mala bestia, ¿no?

—Bueno, a lo mejor te sirve como un perrito.

—¡Pues es una idea estupenda! Piensa que cantidad de gente le tendrá miedo, aunque yo no se lo tenga.

Tembleque se volvió hacia el león.

—¡Eh, chico! ¡Acércate a mí!

—Sí, mi señor —obedeció el animal sin vacilar.

—¿Cómo te llamas?

—Arturo, mi señor.

—Buen chico, Arturo —y el caballero acarició la tupida melena del animal.

—Me parece que en el futuro no vas a necesitar armadura —le dijo la bruja—. Por lo menos, no mientras Arturo ande cerca, pero como no es cuestión de que dejemos estos bellos parajes hechos una porquería, ve y recoge un poco, anda.

Esperó a que el caballero Tembleque desapareciera de su vista y entonces se dirigió cariñosamente al león:

—Has estado perfecto, Arturo, hijo.

—¡Qué pelota! —maulló Grim—. Sí, mi señor. No, mi señor. ¡He estado a punto de soltar la

carcajada!

—No me habré pasado, ¿no? —preguntó el león un tanto preocupado.

—No —le contestó la bruja mientras le acariciaba las orejas—. Has estado en tu punto. Gracias a ti, ese caballero, que no era otra cosa más que un pobre manojito de nervios, se siente ahora más valiente que un león.

II



Capítulo 3

EL caballero Tembleque volvió tambaleándose bajo el peso de la armadura y la dejó caer a sus pies con un gran ruido metálico.

—¡Y lo que pesa la condenada! En invierno te hielas dentro y en verano sudas como un poseso. ¿Qué haremos con ella?

—Cuenta hasta diez con los ojos cerrados —le dijo la bruja, y, efectivamente, cuando Tembleque los abrió de nuevo no quedaba casi nada de toda aquella morralla. Sólo la espada. El resto, yelmo, cota, guanteletes, mallas..., había desaparecido.

—He pensado que a lo mejor no te viene mal la espada, por si las moscas. Y te la he afilado, por cierto, que la tenías hecha una pena. Pruébala, a ver si corta.

—¿En dónde?

—En ese árbol —le dijo señalando un arce con un tronco que medía más de un pie de ancho.

—¡Me tomas el pelo! —le contestó Tembleque; pero, en fin, medio en broma, fue y le asestó un golpe con todas sus fuerzas, que eran bastante escasas.

Ante su sorpresa, el corte fue tan limpio como si hubiera cortado un trozo de mantequilla, y el árbol se vino abajo con un ruido impresionante.

—¡Vaya, esto sí que no me lo esperaba! —exclamó emocionado.

—¡Fuerte como un león, además! —dijo la bruja—. Ningún caballero se te resistirá.

El caballero Tembleque pareció preocuparse.

—¡Mujer! ¡No es que me chifle andar por ahí hiriendo a la gente! Te diré lo que sí me gustaría hacer.

—¿El qué? —preguntó el gato.

—Cuéntanos, mi señor —dijo el león.

—Pues siempre me hubiera encantado vencer en un torneo. Eso de descabargar a los demás contrincantes, uno tras otro. Sería estupendo. Pero, claro, jamás lo he conseguido. No me daba tiempo; siempre acababa en el suelo. Y bueno, ahora, de todos modos, como no tengo ni lanza ni caballo...

—¿Qué más te gustaría hacer? —le preguntó la bruja—. ¿Matar a un dragón? Para eso tienes la espada, ¿no?

—¡Un corte limpio y... chaf! —maulló Grim, encantado de la vida.

—¡Y fuera la cabeza! —rugió Arturo.

—¡No estaría mal! —asintió Tembleque—. Sobre todo suponiendo que el dragón hubiera tenido a alguien prisionero.

—¿Qué clase de prisionero? —le preguntó la bruja.

—Err... —Tembleque pareció avergonzarse un poquito—. Pues, hombre... Una damisela. Una damisela en apuros —especificó.

Los grises ojos de la bruja lanzaban chispas por la ranura que quedaba entre el borde de su negro sombrero y el borde de su negra bufanda.

—Te gustaría rescatar a una damisela, ¿eh?

—¡Oh, sí!

—¡Vaya! Conque te gustan las chicas, ¿eh?

Tembleque se sonrojó una vez más.

—Bueno, sí, lo que pasa es que a ellas les gustan más los tipos musculosos. A mí no me hacen mucho caso porque soy poca cosa.

—Y dime, querido: ¿cómo te gustaría que fuera la dama en cuestión?

El caballero Tembleque se mesó los rojos bigotes pensativamente.

—Me gustaría que fuera alta, porque como soy tan larguirucho, si fuera bajita haríamos una pareja ridícula.

—¿Cómo de alta?

—Pues como tú, más o menos —contestó Tembleque, y añadió galantemente—: Y los ojos del mismo color de los tuyos —pero en su interior pensó que su damisela tenía que ser muy, muy guapa, faltaría más.

—Y, por supuesto, tendría que ser muy, muy guapa, imagino —dijo la bruja, y algo había en su voz que hizo que el caballero se enterneciera un tanto.

—Bueno, no sé. Es mucho más importante la simpatía que la belleza, me parece. Tú eres muy simpática, por cierto.

—Gracias —le contestó la bruja con sequedad—. Bueno, y ¿qué harías con la tal damisela, alta, guapa y de ojos grises, una vez rescatada?

—Casarme con ella, por supuesto —Tembleque volvió a atusarse el bigote—. Y viviríamos felices para siempre —tuvo un ligero escalofrío—. En el caso de que ella accediera a casarse conmigo, claro está. Que no soy ningún primor.

—Pero eres valiente, mi señor —le susurró Arturo con devoción.

—Sí, ¿verdad?

—¡Y dentro de nada acabarás con un dragón! ¡Chaf! —dijo el gato.

—¿Verdad que sí?

—Y si participaras en un torneo y ganaras a todos, ella no se te resistiría.

—No, ¿eh? —dijo Tembleque todo contento, pero luego se entristeció—. El problema es que soy un pésimo caballero. Aunque seguramente me sentiré más a gusto al montar sin toda esa cacharrería, pero es que son tan robustos y tan altos esos caballos... Preferiría mucho más montar un caballo pequeño y poder tocar el suelo con los pies, si me diera la gana.

—Eso puede arreglarse —dijo la bruja.

—Y esas lanzas tan gigantescas... Siempre he pensado que una lanza pequeña haría el mismo servicio, si la utilizas en el sitio exacto.

—Eso puede arreglarse —repitió la bruja.

—Creo que, entonces, con un caballo pequeño y una lanza pequeña, hasta sería capaz de ensartar a unos cuantos...

—Un caballo pequeño, una lanza pequeña —repetía la bruja, pensativa—. ¿No te recuerda a algo, Arturo? —y le guiñó el ojo que más lejos quedaba de la vista del hidalgo.

—¿Cómo? —dijo el león—. ¡Ah, ya! Quieres decir a un...

—Bueno —le cortó la bruja con brusquedad—. Quiero decir que me tengo que marchar; tengo un montón de cosas que hacer y Grim tiene que cenar, que ya va siendo hora. ¿Por qué no das un paseo por el bosque con Arturo, caballero?

—Buena idea. Necesito estirar las piernas. Ven, chico, ven.

—Sí, mi señor —respondió el león con mansedumbre.

—A mi lado, amigo. A mi lado —y volviéndose hacia la bruja, Tembleque le dijo—: Nunca se sabe con quién va uno a encontrarse, ¿verdad?

—Yo, desde luego, no tengo ni la menor idea —le contestó la bruja.



Capítulo 4

EL caballero y el león paseaban amigablemente por la espesura. Tembleque daba largos pasos y, junto a él, Arturo se bamboleaba, majestuoso como todos los de su especie, moviendo a un lado y a otro la pesada cabezota.

Tembleque era feliz. Daba gusto lo bien que se estaba sin aquella pesada armadura encima. Además, si tropezaba en un desnivel, lo que le sucedía a menudo, no tenía más que agarrarse a la melena leonina que tenía a su lado. ¡Ningún otro hidalgo poseía tal fortuna! No tenía nada que temer con Arturo allí y empuñando una espada tan afilada como la suya. Nada que temer de ningún modo, pensó, puesto que ya no tenía miedo de nada. En ese mismo momento, un pájaro salió volando de un arbusto y Tembleque, de puro susto, dio un salto en el aire, acompañado de un gritillo atemorizado.

—¿Qué te sucede, mi señor? —le preguntó Arturo.

—¡Oh! ¡Nada, nada! ¡Estoy practicando saltos para mantenerme en forma! —Tembleque, agarrando la espada, pegó unos golpes en el aire—. Los caballeros andantes debemos estar siempre prontos a la lucha —y siguió dando mandobles—. ¡En guardia! ¡Toma, ya te tengo! —hasta que por fin dio un tremendo revés a un arbusto, no acertó y cayó sobre la hierba cuan largo era.

Al levantarse del suelo, se fijó en unas huellas que le resultaron muy familiares. No en vano se había pasado la vida entre caballos. Bueno, cayéndose de ellos más bien.

—¡Mira, Arturo! ¡Pezuñas de caballo! Y no muy grandes; debe de ser un caballo pequeño.

—Cierto, mi señor —y el león olisqueó las huellas—. Están frescas. Podríamos seguirlo, ¿no crees? No lleva montura, pues las huellas no son muy profundas. Debe de ser un caballo enano. Justo lo que necesitamos.

—Sí, pero ¿cómo hacernos con él?

—No te preocupes por eso, mi señor. Ya me encargaré yo.

Al caballero le cruzó un pensamiento terrible por la cabeza.

—Oye, Arturo. Nada de carnicerías, que se supone que la criatura es para que yo la monte, no para que tú te la comas, ¿eh?

Pero Arturo había desaparecido ya.

—¡Espérame! —gritó, y echó a correr tras él con sus largos pasos de cigüeña, tropezando sin cesar con sus propios pies. Jadeante, se detuvo al ver al león que le esperaba, tumbado junto a un desnivel.

—Ya lo he encontrado, mi señor —dijo Arturo con voz queda—. Aquí mismo está. Échate junto a mí y lo verás.

Tembleque le obedeció y sus mandíbulas se abrieron de par en par del asombro.

Tenía ante sus narices un caballo no muy grande, blanco como la leche, con las crines y la larga cola de color crema. Era un caballo bonito como el que más y, sin embargo, completamente distinto, pues en mitad de la frente tenía un afilado cuerno.

—¡Un unicornio! —exclamó Tembleque patidifuso, y dio un salto de la emoción. El unicornio,

al oírle, soltó un bufido, pateó el suelo y agachó la cabeza dirigiendo su blanco cuerno hacia él, igual, igual que si estuviera en un torneo.

«Un caballo pequeño y una lanza pequeña», le vinieron a la mente sus propias palabras. Estupendo. Seguro que con un caballo así ganaría fácilmente cualquier torneo. ¿Cómo persuadirlo de que fuera su montura?

El unicornio se adelantó trotando hacia él y soltó un bufido. La valentía del caballero se desvaneció —al fin y al cabo, era cosa muy reciente— sólo de pensar en el agujero que podría producir aquel cuerno tan afilado en su cuerpecillo enclenque.

Tembleque retrocedió al instante, buscando refugio tras la mole de Arturo.

—¿Qué haremos, chico?

—Pues puedes hacerle la pelota, mi señor —le contestó el león—. A todos nos gusta que nos hagan la pelota, y a los unicornios más aún. Dile lo preciosísimo que es.

El caballero Tembleque se aclaró la garganta.

—¡Ejem! Excúsame, me pregunto si te han dicho jamás que eres una criatura preciosa.

El unicornio paró de resoplar y de patear y levantó la cabeza, con lo que su cuerno dejó de dirigirse al estómago del pobre Tembleque.

—Desde luego que sí. Faltaría más. De todos modos, no tengo inconveniente en oírlo otra vez. Puedes repetírmelo.

—Pues sí. Eres una preciosidad.

—¿Más bonito que ese león?

El caballero Tembleque no quería herir los sentimientos de Arturo, pero éste le susurró al oído:

—¡Dile que sí, hombre!

—Sí, claro. Desde luego —respondió Tembleque entonces.

—Dile que no soy más que huesos y pellejo —continuó el león.

—El viejo Arturo no es más que un montón de huesos y pellejo, en cambio tú... Qué elegancia, qué belleza... ¡Cómo se nota que eres de buena cuna! ¡Qué clase!

El unicornio soltó un relincho de contento, echando hacia atrás la preciosa cabeza coronada.

—Sigue así, mi señor —gruñó Arturo por lo bajo.

—Ninguna duda de que tus pasos son firmes...

—Firmes como los de los gatos, por supuesto —se jaleaba el unicornio.

—Y ágiles, sin duda alguna...

—Como los de las cabras montesas.

—Seguro que sabes saltar...

—Igual o mejor que un ciervo.

—Y que galopas...

—Más deprisa que el mismo viento. Puedo ir en círculo, a galope tendido, alrededor de cualquiera de esos percherones torpes que montan las gentes como tú.

—Apuesto a que sí puedes —le contestó Tembleque—, y por lo que se refiere a ese cuerno soberbio que portas sobre la cabeza, bueno, apuesto a que con él podrías descabalgarte a cualquier

jinete en un segundo.

—¡Anda, claro!

—Pero conmigo encima no podrías hacerlo, ¿verdad? Supongo que peso demasiado.

—¿Demasiado? ¿Un tronco flacucho como tú? —contestó el unicornio con desdén—. Por supuesto que puedo.

—Sí que podría, mi señor —dijo Arturo.

—Pero... pero ¿lo harías? —le preguntó el caballero, estupefacto—. Tú, el animal más original y bello de la creación, ¿te dejarías montar por alguien tan... tan vulgar como yo?

—A lo mejor. Sobre todo, si continúas tratándome con el debido respeto...

—¡Por supuesto! —contestó el hidalgo—. Por cierto, mi nombre es Tembleque, y el suyo, Arturo. ¿Podría tener el privilegio de saber cómo te llamas?

—Mi nombre es Punta de Lanza, y no esperes que te llame «mi señor» como el pardillo ese, sino que serás tú el que me obedezca a mí; y, para empezar, vas y me traes un puñado de esas hierbas dulces que crecen allí lejos. ¡Están de vicio!

—¡No faltaba más! —respondió el caballero Tembleque alegremente, y se marchó a paso de cigüeña.

Arturo esperó a que se hubiera alejado y, cuando Tembleque ya no podía oírle, le dijo al unicornio:

—Has estado genial, Punta de Lanza.

—¿Lo dices de verdad? ¿No me habré pasado? —le preguntó el unicornio un tanto preocupado.

—Si es que no se entera. No, hombre, has estado muy bien. Al final, entre todos haremos de él un héroe, ya verás.

Capítulo 5

—¡PARA, Punta de Lanza! —gritó el caballero Tembleque—. Bueno, ejem... Si te parece bien, noble entre los nobles —se corrigió con presteza, y cuando el unicornio se detuvo, descabalgó con todo el cuidado que le permitía su torpeza habitual. Es decir: puso los pies en el suelo para que la blanca montura pudiera liberarse de su peso.

—¿Qué pasa, mi señor? —le preguntó Arturo.

—Pues pasa... ¡Eso pasa! —y Tembleque señaló un cartelón que colgaba de un árbol junto al sendero—. Lo que esperaba hace tiempo.

Tembleque, Arturo y Punta de Lanza llevaban ya unas cuantas semanas rondando los bosques. El unicornio se alimentaba de hierba dulce, el caballero Tembleque recogía nueces, fruta, miel y fresas salvajes, y Arturo devoraba venados como si tal cosa. Al león le gustaba la carne de ciervo tal cual, o sea cruda; en cambio, Tembleque la prefería a la brasa, en su punto, y a ser posible con setas y finas hierbas para acompañarla.

Pues bien, durante todo ese tiempo el caballero Tembleque tenía tres cosas en la cabeza, y la primera era evitar que le vieran. No tenía ninguna intención de dar a conocer la existencia de sus amigos.

La segunda era practicar el arte de montar en el unicornio. La postura obligada era llevar las rodillas dobladas para no tocar el suelo, y aferrarse a las crines. Se había convertido en un experto, es decir, se mantenía en la silla, que al fin y al cabo era todo lo que tenía que hacer.

La tercera era participar en un torneo. Suponía que la bruja le diría adonde ir, pero no la había vuelto a ver, y mira tú por donde, ¡ahí estaban las noticias que tanto había esperado!

HABRÁ UNA JUSTA ENTRE CABALLEROS DE AQUÍ
A UNA SEMANA

GRAN TORNEO EN EL PRADO GRANDE JUNTO AL RÍO,
EN EL PUENTE DE SAN EDELGARDO

SOLAMENTE PARA HIDALGOS DE NOBLE CUNA

QUIEN CONSIGA DESCABALGAR A TODOS
SUS Oponentes, SERÁ NOMBRADO CAMPEÓN
DE INGLATERRA

TRES JUSTAS AL DÍA PARA CADA CUAL

ENTRADAS

DAMAS Y CABALLEROS: UN DUCADO
SEÑORES, LIBERTOS, SIERVOS Y DEMÁS GENTES
DEL VULGO: UN MARAVEDÍ
NIÑOS: MITAD DE PRECIO

BUEY ASADO, BOCADILLOS Y CERVEZA
ATRACCIONES PARALELAS
ABSTENERSE LADRONES

—¿De aquí a una semana? —preguntó Arturo—. Pero ¿cuándo es «aquí»?

—¿Y dónde está el puente de San Edelgardo, si puede saberse? —preguntó el unicornio.

—Seguro que a unas cuantas leguas —contestó Tembleque—. Habrá que darse prisa. ¿Puedes seguirnos, Arturo?

—No puedo seguir al rayo que tienes por montura, pero cuando os pierda, utilizaré mi olfato para encontraros, descuida.

El caballero encajó sus largas piernas sobre el lomo del unicornio y, agarrándose a sus doradas crines, ordenó:

—Bien, Punta de Lanza, ¡vamos, pues!

Pero el unicornio no hizo ni caso.

—¡Adelante! —gritó Tembleque, un poco nervioso.

Punta de Lanza pateó el suelo con sus elegantes patas y movió la cabeza coronada por el afilado cuerno.

—¡Ohhh, perdón! —dijo Tembleque—. ¡Andaba yo un tanto distraído! ¡Si me hicieras el favor, encantador Punta de Lanza! ¡El más noble entre los nobles! ¡El más fuerte, más listo y más rápido de todos los animales!

Y emprendieron el camino.

Arriba, arriba, por las alturas, un águila grande y veloz miró hacia abajo y con su aguda vista vio a un jinete que cabalgaba sobre una blanca montura y a un león que trotaba tras ellos, en la linde del bosque. Los árboles acababan al borde de un valle y un río serpenteaba por sus faldas. Más lejos todavía, el río describía una curva y junto a ella había un viejo puente de piedra y un prado de gran tamaño, lleno de gente y tiendas de colores.

Cuando el jinete se adentró en la espesura y el águila le perdió de vista, dejó de interesarse por él y se fue volando.

Al salir del bosque, en lo alto del valle, Arturo vio todo aquel bullicio y dijo:

—¡Vaya suerte, mi señor! Llegamos a tiempo, ¿verdad?

En ese mismo momento, se oyeron unas trompetas y nuestros amigos vieron a un heraldo que cabalgaba hasta detenerse en medio del campo.

—¡Justo, justo! —exclamó Tembleque—. ¡Escucha!

—¡Oíd, oíd, buenas gentes! —gritó el heraldo indicando una tienda azul, no muy grande—.

Ahora tendrá lugar la primera justa entre el caballero Tomás el Terrible, a mi derecha, en el rincón azul —de la tiendecilla salió un hidalgo armado de punta en blanco, que montaba un poderoso percherón. Levantó su lanza en el aire y todo el pueblo se puso a aplaudir—, y el caballero Federico el Espantoso, a mi izquierda, en el rincón rojo.

De una tienda roja, no muy grande, salió un segundo hidalgo, a cuya vista el vulgo soltó un no menos ensordecedor alarido.

—¡Quien caiga será el perdedor! ¡Rincón azul, el caballero Tomás! ¡Rincón rojo, el caballero Federico! ¡Adelante los valientes!

Los caballeros se movieron lentamente al principio, porque tanto jinete como montura pesaban lo suyo, pero fueron cogiendo marcha al cabo de poco. Sostenían las lanzas con su derecha por encima del lomo del caballo para golpear a su contrario por el lado izquierdo, cuando pasaran el uno junto al otro.

Tembleque y los suyos oyeron el ruido del encontronazo, que sobrepasó el estruendo de los caballos y el griterío de las gentes. Los contrincantes se habían encontrado en la mitad del campo y uno había descabalgado al otro, que cayó al suelo sobre su metálico trasero.

Justa tras justa, fueron viendo cómo los caballeros se daban de golpes, salían disparados de sus monturas, caían estruendosamente a tierra, ganaban y perdían. Eran unos tipos realmente robustos: el caballero Martín el Horroroso, el caballero Colás el Impío, el caballero Heriberto el Despiadado, etcétera... etcétera... Nombres todos ellos que inculcaban el más santo temor en quienes los oían, por valientes que fueran, así que, a cada minuto que pasaba, el coraje de Tembleque disminuía un poco más.

Y pensó que la idea de batirse en duelo era francamente estúpida y que no debía de ser idea suya, sino de la bruja, pero que como probablemente no le volvería a ver el pelo, pues se esperaba a que el torneo acabara y... ¡a casita, sin chistar!

Miró de reojo a sus colegas: el león contemplaba la liza con la cabeza sobre las patas; el unicornio también, sólo que con tanta atención que parecía una estatua de mármol. Ninguno de los dos se preocupaba por él.

Se oyó de nuevo el sonido de la trompeta y otra vez apareció el heraldo, flanqueado por dos imponentes guerreros montados en unos caballos que más parecían elefantes, el uno castaño y el otro a manchas.

—¡Damas y caballeros, señoras y señores! —gritó—. Éste será el combate final de los pesos pesados del reino, los únicos hidalgos que no han sido vencidos todavía. ¡Os presento al magnífico, poderoso e impar DONATO EL ROMPEHUESOS, SEÑOR DE NORTHUMBRIA, con una tonelada y pico de peso!

Se levantó un estruendoso aplauso en la plaza.

—Y a mi derecha, con una tonelada y media de peso, el temible, el fabuloso, el espantoso, ¡EL FIERO BASILIO, SEÑOR DE WESSEX!

El heraldo esperó a que el clamor del vulgo se apagara para decir:

—El primero que descabalgue a su contrario, será declarado campeón. ¡A vuestros puestos, caballeros! ¡A la liza, y que gane el mejor!

Las gentes guardaron silencio, los finalistas se alinearon en sus puestos y, agarrando con fiereza sus lanzas y escudos, cerraron la visera de sus yelmos con un sonoro golpe. Al sonar la trompeta, ambos espolearon sus caballos hacia el adversario.



—¡Apuesto por el caballo manchado! —dijo Punta de Lanza.

—¡Y yo por el marrón! —dijo Arturo.

«No le veo la gracia —pensó Tembleque para sus adentros—. Hay poca diferencia entre pesar una tonelada y pico y pesar una tonelada y media. Total, el golpe será mortal igualmente».

Y el caballero cerró los ojos para no verlo.

Cuando los volvió a abrir, Donato el Rompehuesos yacía por tierra boca arriba y el fiero Basilio galopaba triunfante por la pista. Al cabo de un rato, aclamado por el vulgo, Basilio, con su gran corpachón sobre el peludo percherón, se detuvo, levantó la visera descubriendo su gorda cara de vaca y gritó:

—¡Yo soy el campeón!

Tembleque soltó un suspiro de alivio.

—¡Qué bien! —exclamó—. ¡Ya se ha acabado! Nos vamos, ¿verdad?

Arturo no contestó, pero Punta de Lanza dijo:

—Sí, claro. Monta, pues —y se situó junto a Tembleque, pero en cuanto éste se hubo encontrado sobre su silla, el unicornio dejó atrás la linde del bosque, cruzó el gran prado junto al río, pasó al lado del puente de San Edelgardo y se colocó justo en mitad de la pista frente a un público estupefacto.

—¡Para! ¡Oh, para, Punta de Lanza, por favor! —gritó Tembleque agarrándose a la rubia melena del animal, pero, ante su horror, los pasos del unicornio se transformaron en un trote que desembocó en un galope que los llevó derechos a donde se encontraba el caballero Basilio.

Capítulo 6

JUSTO cuando parecía que iba a chocar con Basilio, el unicornio hizo una espectacular parada en seco. Luego se levantó sobre sus cuartos traseros —al tiempo que Tembleque se agarraba desesperadamente a las crines para no caerse—, manoteó con sus pequeñas pezuñas en las propias narices del campeón y soltó un desafiante relincho.

Se hizo un silencio mortal, y sólo al cabo de unos instantes pudo el fiero Basilio recuperar su voz, que sonó más bien como un mugido, pues no estaba nada contento con que le estropearan su gran momento de gloria.

—¡Retrocede! —gritó—. ¡Fuera!

Tembleque no respondió. Primero porque no se le ocurría nada que decir, y segundo porque le hubiera encantado desaparecer de allí; cada vez le parecía menos divertido aquello de batirse en duelo. Tiró de la crin del unicornio, pero éste no le hizo ni caso, ocupado como estaba en patear el suelo y cabecear constantemente.

—¿Estás sordo? —gritó Basilio de nuevo, y la chusma soltó la carcajada.

Para su sorpresa, el caballero Tembleque se empezó a enfadar.

—Pues no. No lo estoy. De modo que no es necesario que grites —contestó con dignidad.

Un escalofrío de excitación recorrió al gentío. Las carcajadas se apagaron de inmediato.

¿Quién era el osado que se atrevía con la bestia de Basilio? ¿Quién era aquella extraña y larguirucha criatura, con un penacho de pelo rojo y un bigote alicaído, que no llevaba armadura ni siquiera y para colmo montaba un caballo enano?

Seguro que Basilio le haría tragar su insolencia.

—¡Te haré tragar tu insolencia! —gritó en ese momento Basilio—. ¡No eres más que un vulgar payaso!

Volvió a reinar el silencio entre las masas, que aumentaban por momentos, pues todos querían presenciar aquel inusual desafío. Los palafreneros abandonaban las tiendas, los hidalgos descabalgaban de sus caballos, los criados dejaban a sus señores y unos y otros venían corriendo desde todas partes para ver el lance, mientras que los rateros se aprovechaban de la ocasión como mejor podían, claro está.

Escondida entre el tumulto, se movía una figura alta envuelta en una larga capa negra y tocada con un gran sombrero negro. Entre sus pies se deslizaba un gato, negro también. Un par de ojos grises que brillaban entre el filo del sombrero y el borde de la capa chispearon al oír las siguientes palabras de Tembleque:

—Me confundes con otro, mi señor. No soy un payaso, sino un caballero —y su voz, aunque contenida, se oyó a muchas leguas de distancia.

El campeón se rió con todas sus fuerzas.

—¿Tú un caballero? ¡Un caballero pasado por agua! —el público rugió—. Dime tu nombre, pues.

—¡Tembleque! —contestó el extraño ser.

La chusma rugió de alegría.

—¡Lo que vas a temblar bajo la espada del fiero Basilio! —fue el comentario general.

Tembleque decidió dejar de lado su habitual prudencia, al ver cómo unos y otros se mofaban de él, así que esperó a que las carcajadas se apagaran y después dijo con voz estentórea:

—¡Y te reto en combate!

Permaneció callado unos segundos —la chusma, ni respirar—, y luego añadió:

—¡Cara gorda!

—¿Cómo osas retarme a mí? ¡Estás loco! —gritó Basilio tartamudeando de la ira.

—¡El loco lo serás tú! —Tembleque se metió los pulgares en las orejas, movió los dedos en el aire, sacó la lengua y comenzó a canturrear—: ¡Chivato, acusica, la rabia te pica!

Mientras, la masa que los rodeaba soltaba alaridos de emoción, lo que impidió oír otro alarido cuyo sonido llegaba desde la linde del cercano bosque.

* * *

UNA VEZ DENTRO de la pequeña tienda roja, Tembleque, un tanto nervioso, preguntó a Punta de Lanza:

—No me habré pasado, ¿no?

—No. Le has puesto tan fuera de sí, que no será un gran rival, francamente.

—¿Y qué haré yo?

—Nada, te sientas y el resto será cosa mía.

Fuera de la tienda, las gentes discutían sobre el extraordinario combate que iban a ver.

—¡No sé cómo se atreve a arrojarle el guante al fiero Basilio!

—¡Pero si no tiene ni guantes!

—¡Ni lanza!

—¡Ni una armadura como es debido!

—¡Y monta un caballo así de pequeño!

—¡Con un cuerno en la testuz!

—¡Nunca he visto caballo igual!

—¡Ni tampoco caballero!

—Pero ¡a fe mía que tiene coraje!

Y cuando el heraldo hizo las presentaciones y Tembleque ocupó su lugar en el campo, muchas gentes le vitorearon, pues, como buenos ingleses, sabían apreciar a un valiente, aunque fuera un perdedor.

—¡Buena suerte! ¡Te procuraremos un funeral decente! —le gritaban con simpatía.

El unicornio salió a galope tendido al son de la trompeta. Su velocidad era tal, que ya estaba encima del caballero Basilio cuando éste y su pesada montura todavía no se habían empezado a mover.

Tembleque agachó la cabeza y la lanza de su contrario le pasó por encima sin tocarle un pelo.

Con la agilidad de un gato montés, el unicornio se volvió sobre sus pasos lanzado en

persecución del gordo y, cuando le tuvo a tiro, colocó su cuernecillo puntiagudo en el trasero del caballo, que se levantó sobre sus patas delanteras.

El fiero Basilio salió despedido por encima de la cabeza del animal y cayó a tierra, con un ruido similar al que harían setenta pucheros al chocar contra el suelo empedrado.

Punta de Lanza se detuvo junto al cuerpo caído y Tembleque descabalgó, desenvainando la espada. Después se inclinó hacia Basilio, le levantó la visera del yelmo y dijo:

—¡Di que lo sientes!

—¿El qué? —chilló Basilio con estupor.

—Haber dicho que soy un caballero pasado por agua.

—Ni lo pienses siquiera —contestó el gordo haciendo vanos esfuerzos por ponerse en pie.

—Vale. Pues ahora verás —le arrebató la espada y, con un mandoble, la cortó limpiamente en dos. Después, le cuarteó el escudo y le redujo la lanza a ocho pedazos.

—Bueno, bueno, bueno —dijo acto seguido—. Ahora podría cortarte en no menos de dieciséis piezas, grande y gordo como eres. ¿Por dónde quieres que empiece? ¿Por una pierna? ¿Por un brazo? ¿O quizá sea mejor empezar por tu cabeza?

—¡Ohhh, no! ¡Lo siento, lo siento mucho! —tartamudeó, aterrado, Basilio.

—¿Estoy loco, pues?

—¡Oh, no, no lo estás!

—¿Soy un payaso, por ventura?

—¡No, no, no!

—¿Qué es lo que soy, entonces? —preguntó Tembleque.

El fiero Basilio se atragantó y respondió:

—¡Glup! ¡Un hidalgo, sin duda!

—¿Mi nombre?

—El caballero Tembleque.

—¿Mi título?

—Campeón de Inglaterra.

El caballero Tembleque hizo gestos a las gentes para que se callaran y dijo:

—¡Repítelo para que todos puedan oírte!

Basilio soltó un suspiro de infelicidad y repitió:

—¡Eres el caballero Tembleque, campeón de Inglaterra!

Tembleque envainó la espada.

—Bueno, eso está mejor —se agachó junto a su contrincante y le cerró la visera de un golpazo—. Y ahora ¡olvídame!

Capítulo 7

EL nuevo campeón dio una vuelta completa al prado, sintiéndose la mar de satisfecho consigo mismo y saludando a la chusma enfervorecida que le vitoreaba sin cesar.

—¡Qué divertido!, ¿verdad? —le comentó a Punta de Lanza—. Todos me aclaman.

—No todos —le respondió el unicornio—. ¡Mira!

Efectivamente. Tembleque miró en la dirección que le señalaba el unicornio, hacia donde terminaba la pista, y vio a un grupo de caballeros que, armados hasta los dientes, se dirigían hacia él muy despacio. Sólo por nombrar a unos cuantos, diremos que entre ellos reconoció nada menos que a Colás el Cruel, al impío Martín, a Tomás el Terrible, a Federico el Horroroso, a Heriberto el Espantoso y a Donato el Rompehuesos.

—¡Huy, si son los demás contrincantes! —exclamó.

—Sí —contestó Punta de Lanza.

—Que vendrán a darme la enhorabuena, ¿no es así?

—No.

Tembleque los observó con más atención. No llevaban lanza, sino armas más pesadas: afiladísimos espadones, poderosas mazas, hachas sanguinarias...

—¡Oh! Quieres decir que...

—Quiero decir —dijo el unicornio— que esos caballeros no deben de estar muy satisfechos del resultado del torneo o de la manera en que hemos vencido. Quizá consideren que no hemos respetado las reglas. A lo peor vienen a quejarse.

—Pues son treinta o cuarenta —le contestó Tembleque un tanto pensativo—. A lo mejor podríamos...

—¿El qué?

—¿Echar a correr? —preguntó Tembleque esperanzado.

Punta de Lanza relinchó con desprecio.

—¿Y tú, tú que eres el campeón de Inglaterra, el más valiente entre los valientes, tú retrocedes ante el enemigo? ¿Cómo podrías llevar la frente alta jamás en la vida? ¡Qué vergüenza!

Tembleque miró a los guerreros, que, a todo esto, estaban a tiro de piedra.

—Si no lo hago, mi vida no durará más que unos minutos, con lo cual no me quedará frente que llevar, por alta o baja que esté, así que me da igual —respondió y, acto seguido, desenvainó su espada.

El grupo de jinetes se paró en seco. Un par de ellos se levantaron la visera del yelmo para ver mejor y sus caras reflejaban no ya enfado, sino una honda preocupación.

A todo esto, la masa empezó a disolverse. Los espectadores cruzaban el puente de San Edelgardo rápidamente y desaparecían tan deprisa como sus piernas se lo permitían.

Sólo la figura vestida de negro permaneció en el prado y desde su escondrijo, tras una tienda, fue la única que vio cómo los caballeros se daban media vuelta y escapaban a toda prisa tras los aterrados espectadores. Tembleque se quedó de una pieza al ver la explanada vacía.

—¡Vaya, quién lo hubiera creído! ¡Desenvaino y ese hatajo de valientes sale corriendo

despavorido! ¡No ha podido ser otra cosa que el que haya desenvainado! ¿Verdad?

—Desde luego, mi señor —le contestó un profundo rugido a sus espaldas—. No ha podido ser otra cosa.



V

ASÍ FUE COMO LA FAMA del caballero Tembleque se extendió por todo el país. De la misma manera que crece un incendio, a medida que pasaba el tiempo, su fama iba agrandándose más y más.

Las gentes contaban de un caballero gigantesco, alto como un árbol, que había mantenido un singular combate en el prado grande, montado en una bestia blanca y alada, rápida como una flecha.

El aguerrido hidalgo había descabalgado al caballero Basilio y luego lo había cortado en pedacitos con un solo toque de su dedo meñique. Y se sabía que después, cuando cien, no, más bien doscientos hidalgos se habían atrevido a enfrentarse con él, había acudido en su ayuda un voraz león, comedor de hombres y también de gigantesco porte.

Así que cuando la gente veía pasar a Tembleque y a sus colegas, las ovaciones eran estruendosas.

La sola vista del valiente guerrero espantaba tanto a los campesinos —que se escondían en sus cabañas en un abrir y cerrar de ojos— como a los señores, que desaparecían aterrados ante la presencia del terrible trío.

Todos estos hechos hicieron mella en el caballero Tembleque. Su victoria en el gran torneo y el haber asustado a los caballeros que le amenazaban —cosas que ahora se atribuía a sí mismo, en vez de atribuírselas a sus colegas—, sumados al temor que sin duda alguna provocaba en quienes le veían, se le subieron a la cabeza completamente y comenzó a comportarse de una manera muy difícil de aguantar.

En cuanto podía, insultaba a los desprevenidos hidalgos con nombres como «caballero tripa gorda» o «caballero culón», y cuando éstos huían, despavoridos ante su legendaria fama, chillaba a sus espaldas: «¡Miedicas, miedicas, la rabia os pica!», y sandeces similares, mientras su cara, antes lánguida, ahora resplandecía de satisfacción. Incluso su bigote había cambiado, porque ahora se lo cepillaba con las puntas hacia arriba, lo que daba a su cara un aspecto mucho más fiero.

Arturo y Punta de Lanza lo tenían claro: o le bajaban los humos, o Tembleque se iba a convertir en un ser insufrible.

Una noche, mientras el hidalgo dormía, ambos tuvieron una conversación sobre el asunto:

—Necesita espabilar. Que le den un buen susto —dijo el unicornio.

—Temer por su vida —le contestó el león.

—Sin ayuda por nuestra parte.

—Claro. Tiene que enfrentarse a un enemigo aterrador.

—Como, por ejemplo, un dragón.

—Bastaría con uno que tuviera grandes fauces humeantes.

—Y poderosas alas.

—Con una cola larga y fuerte.

—Unas garras terribles.

—Una horrorosa dentadura.

—¡De acuerdo! ¡Así será! —exclamó Punta de Lanza.

—¡Aprenderá a no tirarse faroles! —dijo Arturo.

Y se quedaron tan contentos.

El silencio de la noche era total, a excepción de los ronquidos de Tembleque y de unos extraños ruidillos que se oían por allí cerca.

Como si alguien estuviera rascando la corteza de un árbol con las uñas.

—Bueno, pues no nos queda más que una cosa —concluyó Punta de Lanza.

—Encontrar a un dragón terrible —acabó Arturo.

—Eso puede arreglarse —dijo una voz baja y agradable que se oyó en medio de la negrura de la noche, entre el ulular del viento.

Capítulo 8

DE modo que ni Punta de Lanza ni Arturo se sobresaltaron lo más mínimo al encontrarse con un dragón a la mañana siguiente.

El caballero se levantó muy satisfecho consigo mismo. Había tenido un sueño encantador sobre una encantadora damisela en apuros, a la cual había rescatado sin ningún problema. Estaba tan contento que, al emprender el camino, rompió a cantar.

Sus cánticos eran un tormento para el león y el unicornio, no sólo porque desafinaba, sino porque repetía todo el rato lo mismo: una cancioncilla que él mismo había inventado.

¿Quién es el más valiente caballero?
¿Quién, el mejor de los guerreros?
¿Quién sostiene la poderosa espada?
¿Quién no teme nada de nada?
¿De quién, el poderío que nadie osa combatir?
¿De quién, el coraje en cualquier lid?

Y después, el coro:

¡Oh, caballero Tembleque!
¡Bravo entre los bravos!
¡Oh, caballero Tembleque!
¡Siempre el más amado!

Cuando se aproximaban a un estrecho barranco rocoso, Tembleque volvía a la carga por cuarta vez.

Punta de Lanza se detuvo sobre sus pasos y olfateó el aire con los belfos levantados. Tras él, el león levantó la poderosa cabeza para hacer lo mismo. Ambos reconocieron el olor que flotaba en el ambiente.

Era un olor muy penetrante: en parte olía a caballería, en parte a pájaro y en parte a pescado. Era como un revoltijo de olores; como pasar junto a una pescadería, un gallinero y una pocilga en un cálido día de verano, amén de un ligero toque a humo.

—¿Qué sucede? —preguntó Tembleque, al ver que los animales se detenían y que Punta de Lanza, nervioso, golpeaba la hierba con las pezuñas.

—Peligro, mi señor —contestó Arturo con un gruñido suave.

—¿Peligro? —preguntó el caballero más valiente de Inglaterra—. ¡Qué bobada! ¡Peligros a mí! —y se acarició las puntas de su bigote con una mano, desenvainando la espada con la otra, al tiempo que se erguía y echaba la cabeza hacia atrás, con noble ademán, para mirar al frente.

Aquella mirada dejaba entrever su convicción de que era un hombre cuyo poder nadie osaría

desafiar.

—¡Adelante! —gritó, pero el unicornio no se dio por enterado.

—¡Bueno, venga, por favor, anda! —insistió el hidalgo.

El unicornio no cedió un palmo.

—Arturo, sé buen chico y vete a ver qué hay por ahí —pero el león tampoco le hizo caso y se limitó a mover la cola con aire apesadumbrado.

El caballero Tembleque bajó de su montura.

—¡Vaya pareja de miedicas! —rezongó—. Tendré que vérmelas yo con el peligro, que no será otra cosa que algún feroz conejo, me supongo yo —y se acercó al borde del barranco.

Volvió la cabeza para ver si sus compañeros le miraban admirativamente, pero no vio ni rastro de ellos.

«Cobardes», pensó, y volvió a empezar su cancioncilla.

En ese momento fue cuando también él percibió el olor del ambiente, y era tan amenazador que pensó que sería mejor un poco de discreción, así que paró de cantar, desenvainó la espada, se puso a cuatro patas y gateó hacia delante para ver qué había por allí.

Al llegar al borde del barranco, echó cautelosas ojeadas arriba y abajo, y dio la casualidad de que exactamente bajo el lugar donde se encontraba estaba tumbado un dragón enorme.

Tembleque nunca había visto un dragón, aunque últimamente hubiera soñado con uno, que en su sueño era más bien pequeño y más bien cobarde, pero ni en la peor de sus pesadillas había imaginado algo así.

Para empezar, este dragón era mayor que tres leones juntos puestos en fila, y todo en él —alas, cola, garras, dientes— era tan enorme que no le tranquilizó nada.

Su piel, parecida a la de los lagartos, era roja, pero no del alegre color zanahoria que tenían el pelo y los bigotes de Tembleque, sino del rojo de la sangre fresca, y cuando respiraba salían chorros de humo de sus narices, que parecían dos cráteres volcánicos.

Lo único que le pareció bien fue que el monstruo tenía los ojos cerrados, como si durmiera un profundo sueño.

«Dejemos que los dragones duerman —pensó Tembleque—. Les diré a los otros que me he encontrado con uno que estaba muerto».

Y retrocedió sobre sus pasos, pero como era muy patoso, movió una piedra con tan mala fortuna que rodó hasta el borde del barranco y cayó sobre las narices del durmiente.

La erupción volcánica que se produjo fue terrorífica.

Con sorprendente agilidad, la criatura se levantó sobre sus cuatro extremidades, desplegó las alas, estiró la cola y abrió ojos y fauces, de las que salieron chorros de llamas color naranja.

Dichas llamas le pasaron a Tembleque justo por encima de la cabeza, con lo cual, a los olores anteriores, se unió el de su pelo chamuscado.

Se hizo un silencio, interrumpido sólo por el ruidillo de unos arbustos que chisporroteaban, y, acto seguido, el dragón dijo:

—¡Oye, tú! ¡O te acercaz enzeguida o te frío vivo!

Su voz era un tanto cantarina y ceceante, pero el caballero estaba demasiado alterado para

percibir tales minucias; sus negros pensamientos eran un torbellino.

«¡Ay, qué estúpido he sido! —pensó—. Voy a acabar mis días tostado al fuego en una sartén! ¡Me está bien empleado por ser tan cretino! Echaré de menos al viejo Arturo y al joven Punta de Lanza. Incluso a la bruja, mira por dónde. Y ya no podré rescatar a una damisela en peligro, ni casarme con ella para que seamos felices y comamos perdices, sino que voy a morir...».

Gracias a estas reflexiones, se tranquilizó y decidió que, si tenía que morir, lo haría como un hombre. Miró hacia abajo y, engordando la voz todo lo que pudo, dijo:

—Escúchame, que tengo un consejo que darte.

El dragón le miró con los ojos muy abiertos, mientras seguía echando humo.

—¿Un consejo? ¡Qué cara más dura! ¿Y qué tipo de consejo, si puede saberse?

—Deja de fumar, que es mortal para la salud, hombre.

Capítulo 9

—MORTAL para mi salud, ¿eh? Te contaré algo. Máz bien zerá mortal para la tuya, porque a la próxima te chamuzcaré algo máz que loz bigotez! —le contestó el dragón.

Tembleque se llevó la mano a los mismos y comprobó que los tenía mucho más cortos que antes, lo que le enfadó muchísimo. Le había llevado mucho tiempo dejárselos crecer y, últimamente, mucho trabajo también, por lo de peinárselos con las puntas hacia arriba. Se le olvidó, incluso, que podía acabar como una tostada y bajó rápidamente a reunirse con el bicho.

A todo esto, el león y el unicornio no le perdían de vista, escondidos detrás de unas matas. Furioso y nerviosísimo, Tembleque se enfrentó al dragón con los brazos en jarras.

—Mira, comotellames...

—Jones —contestó el dragón.

—Mira, Jones...

—Zerá zeñor Jones, zi no te importa.

—Vale, señor Jones, pues. Hazme el favor de decirme por qué diablos me has quemado los bigotes.

—Porque me eztabaz tirando piedraz...

—No, señor. Te estaba mirando y me decía a mí mismo: «Mejor será...»

—¿Qué?

—... darse la vuelta.

—¡Huir, querraz decir!

—Bueno, marchar en dirección opuesta.

—¡Zeráz cobarde!

Arturo y Punta de Lanza se miraron.

—Pues, francamente, sí lo soy. Por lo menos, a veces —dijo Tembleque.

—¡Vaya! —exclamó el unicornio desde su puesto de observación—. ¡Por lo menos tiene la nobleza de admitirlo!

—¡Y eso que está frente a uno de los mayores dragones del país! —corroboró Arturo.

—Puez tiene gracia —continuó diciendo el dragón—. Me ha parecido oírte cantar algo como... ¿el guerrero máz valiente o algo azí?

—Pero... ¡si estabas dormido! —dijo Tembleque.



—No lo eztaba. Eztaba dizimulando —le contestó el dragón—. Eztaba ezcuchando. Tengo muy buen oído y me chifla la música. Tengo voz de tenor y, por cierto, he oído mejorez vocez que la tuya, ¿zabez? Dezafinaz un montón, la verdad. Tembleque te llaman, ¿no?

—Caballero Tembleque.

—¡Ah! ¡Perdona! Ez que no lo parecez. Loz caballeroz zuelen ir enlatadoz. Ez máz fácil para cocinarloz. Y ahora tú, zin la lata. Tendré que andarme con ojo o te achicharro. No tienez mucha carne. A decir verdad, no zé zi vale la pena encender el fuego para comerme un puñado de huezoz como tú.

—¿Quieres decir que no me vas a matar?

—Zí, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no vuelvaz a cantar. Me zienta como un tiro.

Resulta que a Tembleque se le pasó el enfado de golpe y empezó a soltar unas risitas, pues de pronto el dragón, con su ceceo, le resultaba muy cómico. Las risas fueron a más y a más, hasta convertirse en sonoras carcajadas.

—Pero ¿qué paza? —le preguntó el dragón enarcando las cejas—. ¿Qué ez lo que te hace tanta gracia?

—Me haces gracia tú. Tienes mucha gracia. Además, nunca se ha visto un dragón que se llame Jones, ¡qué bobada! —le contestó Tembleque, y como no podía parar de reír, se tuvo que tirar al suelo y revolcarse de risa allí tumbado.

Entonces, Arturo y Punta de Lanza bajaron también y se presentaron al dragón.

—Encantado de conoceroz —les dijo el dragón—. Ella ya me dijo que estaríaiz por aquí con él. Mirad, le ha dado como un ataque o algo azí.

A sus pies, Tembleque seguía retorciéndose de risa y le caían lágrimas por las mejillas.

—¿No me habré pazado? —les preguntó el dragón a sus nuevos amigos, un tanto preocupado.

—No. Has hecho justo lo que queríamos —le contestó el unicornio—. Le has obligado a reconocer que no es tan valiente como se imaginaba.

—Sí, lo hemos oído todo —dijo Arturo.

—Y has logrado que deje de cantar.

—¡Qué gusto!

El dragón rojo movió la cabeza.

—Es curiozo —dijo—. Ahora ze muere de la riza. Eztá medio atontado.

—Está enamorado —explicó el león—. Bueno, en realidad anda buscando a una damisela en peligro para poderla rescatar y amar y casarse con ella, esas cosas...

—No conocerás a alguna chica del lugar que esté encerrada en un castillo, ¿no? —le preguntó Punta de Lanza—. Preferiblemente defendida por algún dragón de poca monta, ¿eh?

—Y que no fume —añadió Arturo.

—Esta zona tiene tantos árboles que no se encuentran castillos con damiselas tan fácilmente —se lamentó el unicornio.

—Creo que puedo ofreceroz lo que necezitáiz: un reconocimiento aéreo —dijo Jones—. Zoy

vuestro hombre. ¡Mirad!

El león y el unicornio observaron cómo desplegaba sus alas y emprendía el vuelo con suavidad.

Una vez arriba, con las alas ya totalmente abiertas, les dijo:

—¿Sabéis cómo me llaman en casa?

—No, ¿cómo? —le contestaron a gritos.

—Jones el *jet* —y el dragón soltó uno de sus chorros llameantes mientras volaba marcha atrás.

Capítulo 10

JONES pasó muchos días con sus correspondientes noches buscando damiselas por la campiña inglesa.

La fuerza de uno cualquiera de sus chorros de vapor le bastaba para recorrer largas distancias y, mientras volaba, no paraba de cantar.

Más de un pastor huyó aterrado al ver pasar sobre su cabeza, a ras de los árboles, aquella extraña forma alada que canturreaba. Rebaños de ovejas y manadas de vacas salían despavoridos en todas direcciones, pues tras las canciones sonaban los tremendos rugidos de las llamaradas y los chorros de vapor.

De vez en cuando, al ver huir a los animales, Jones recordaba que debía llenar el estómago. Entonces, bajaba y se zampaba un toro o media docena de corderitos.

Claro que una cosa eran los aldeanos desprevenidos, y otra los nobles en sus fortalezas: cuando sobrevolaba un castillo, Jones encontraba a sus ocupantes bien preparados para la defensa. Los animales, encerrados en el castillo; el puente levadizo, subido; las rejas, bajadas, y todos los hombres, armados de pies a cabeza. Si Jones se acercaba demasiado, lo recibían con una lluvia de flechas, cosa que, por otro lado, no le importaba mucho, pues tenía la piel muy gruesa.

Pasaban los días y Jones seguía buscando a la ansiada damisela, a la que estaba seguro de que iba a encontrar en el cuarto más escondido de la torre más alta de algún castillo perdido, haciendo señas con su pañuelo.

Un día creyó ver algo así, pero al acercarse descubrió que se trataba de una fornida moza que hacía las tareas domésticas con un trapo en la mano.

—¡Fuera, pajarraco! —le chilló, demostrando no ser una damisela en apuros y tener poca vista además.

Mientras Jones continuaba su búsqueda por el aire, Tembleque y los demás lo hacían por tierra, ya que, castillos aparte, siempre podían encontrarse con una doncella llorosa atada a un árbol, prisionera en una cueva o abandonada en un islote del río.

Pero aunque no tuvieron esa suerte, estaban muy contentos. No tenían prisa, hacía buen tiempo y, a cada minuto, la amistad entre los tres se hacía más y más estrecha, cosa que se debía en parte a la conversación que sostuvieron una noche, después de un día agotador pero no por ello desagradable.

Tembleque se había sentado a la sombra de un árbol, lleno de pajaritos que piaban felices, y los dos animales estaban tumbados a su lado. El atardecer era soleado y el hidalgo se sentía estupendamente allí con ambos amigos.

«Uno me lleva en su lomo, otro me defiende y ninguno de los dos se queja», pensó, y palmeó cariñosamente el blanco lomo del unicornio.

—No estarás demasiado cansado, ¿verdad? —le preguntó—. Aunque tú eres fuerte y vital.

El unicornio volvió la cabeza hacia él, mientras los últimos rayos de sol sacaban chispas a su blanca testuz.

—Creo que ya es hora de que dejes de darme coba. Nos conocemos bien, ¿no crees?

—Cierto que nos conocemos bien —contestó el caballero—, y te diré que ahora me conozco mejor a mí mismo también. Creo que me puse insufrible cuando tú ganaste el torneo y cuando, acto seguido, Arturo asustó a mis enemigos —siguió diciendo Tembleque mientras acariciaba la melena del león—. Creo que haberme topado con ese dragón tan gracioso y comprobar que sigo poniéndome como un flan a la primera de cambio, me ha devuelto a mis cabales. Un tío majo, el tal Jones. He tenido suerte de dar con un dragón tan decente como él.

—Y que lo digas, mi señor —dijo Arturo.

—Otra cosa, no me llames señor. No soy tu señor. Somos compañeros.

—¿Cómo te llamo, entonces? —le preguntó Arturo.

—¿Cómo te llamaban los amigos? —añadió Punta de Lanza.

—¿Los amigos?

—Los amigos que tenías entre los caballeros.

—No tenía amigos. Unos se reían de mí porque soy un patoso y otros se enfadaban porque no controlo mis nervios.

—Bueno, pues ¿cómo te llamaban tus padres cuando eras pequeño?

El caballero pareció avergonzarse, pero respondió:

—Mamá me llamaba Lequeleque.

—Muy bonito —comentaron los otros dos.

—¿En serio? Pues llamadme así, si os gusta realmente —exclamó Tembleque encantado de la vida, y de ahí en adelante, así lo llamaron.

Al día siguiente, se despertaron al oír un cántico que venía de lo alto. Dicho cántico no procedía de ningún pájaro, sino de una dulce voz de tenor que dijo así:

Buzco al valiente Tembleque,
zingular y leal guerrero.
¿Habeiz vizto al caballero?
Hombre ordinario no ez ézte,
zino hidalgo flaco y alto
que vizte mediaz y jubón
y dezdeña la armadura
por zer ézta de latón.

Los tres amigos salieron de debajo del árbol apresuradamente y vieron al dragón, que volando cerca de ellos, cantaba una segunda estrofa:

Zi alguno le ve pazar,
decidle zin dilación,
no ze oz olvide, por favor,
que Jonez, el dragón,

buenaz nuevaz le dará.

Cuando Jones acabó de cantar, ya se había aproximado lo bastante a ellos como para oír el jaleo que metían con el fin de atraer su atención. Los gritos de Tembleque, los relinchos del unicornio y los gruñidos del león le hicieron detenerse. Al verlos, lanzó un chorro de fuego para desbrozar las copas de los árboles vecinos e hizo un aterrizaje de primera.

—¡Por fin oz encuentro! ¡Eztaba harto de cantar una y otra vez la mizma tabarra! ¡Zi no fuera porque mi garganta ez incombuztible, me habría quedado ronco!

Tembleque se alegró muchísimo de verlo, a pesar de lo mal que olía.

—¿Y las buenas noticias? ¿Has encontrado a la damisela de mis sueños?

—Zí, por cierto.

—¿Y está en apuros mi dama?

—Por zupuezto. Allí eztaba en la ventana de una torrecilla y gritaba y hacía zeñaz con zu pañuelito.

—¿Y qué es lo que gritaba?

—«Zocorro» y «Zalvadme». ¿Te parece raro, o qué?

Tembleque se aclaró la garganta.

—Y ¿cuál es el peligro del que tengo que salvarla?

—Puez no lo zé. Era noche de luna, pero eztaba ozcuro. Zupongo que de algún dragón, algún pariente mío, que no eztará mal, aunque yo zea mucho mejor, dezde luego.

—No te preocupes, Lequeleque. Tú puedes con lo que sea —le dijo Punta de Lanza.

—Un golpe de espada y te casas con la dama —gruñó Arturo.

—Era hermosa, ¿verdad?

—Podría decírtelo zi hubiera zido de día. Ademáz, yo entiendo de dragonez y puedo decir cuál ezta bien, como yo, pero vozotroz loz humano zoz zoiz todoz igualez. Bueno, alguno z con más peloz que otroz. A propó zito, ¿y tuz bigotez?, ¿han crecido?

El caballero se acarició los bigotes con orgullo. Desde que Jones se los había chamuscado, le habían crecido una barbaridad. Así tenía una pinta de lo más fiera.

—Me crecen estupendamente. Gracias, señor Jones —le respondió.

El dragón acercó su cabeza a la del hidalgo para verle mejor. Por suerte, el aliento no le olía mal, pero en lo que se refiere a la temperatura, en cuanto empezó a hablar, Tembleque sintió como si le hubieran abierto la puerta de un horno en las narices.

—Oye, no hace falta que me llamez zeñor, que miz colegaz me llaman Tufi.

Tembleque sintió un calorcillo por dentro que igualaba al que sentía por fuera.

—¡Oh, gracias Tufi! —le contestó agradecido.

—No hay por qué darlaz, Lequeleque.

Y todos se echaron a reír.



VII



Capítulo 11

EL trío de amigos iba siguiendo el rastro de maleza chamuscada que dejaba el dragón al volar. La noche anterior, Tembleque le había preguntado si el castillo en cuestión quedaba muy lejos. —Hombre, volando quedará a una horita más o menoz —le contestó Jones.

—Bueno, eso equivaldrá a unos cuantos días para nosotros —dijo el caballero.

—Claro, Lequeleque, pero te mostraré cómo ir en línea recta, o zea, la diztancia más corta entre doz puntos.

—¿Y te vas a poner a andar?

—¡Oh, cieloz, no! Andar me cuezta mucho, porque eztoy muy gordo. Demaziada carne. Debería ponerme a régimen un día de eztoz. No, lo que digo ez que te dejaré un raztro.

—¿Qué quieres decir?

—Que volaré muy bajo, como un zaltamontez, y a cada cien yardaz o más, zi eztoy en campo abierto, voy y zuelto la ignición. Azi, a la vez que vuelo, te chamuzco el terreno para dejarte un raztro, ¿entiendez? Veraz la hierba negruzca o loz árbolez un tanto toztadoz y zabráz que tienez que zeguir derecho. Pero abre bien loz ojoz, zólo dejaré pequeñaz zeñalez, no zea que ze queme el bozque. Ezo no, por favor.

—¡Fantástico! —dijo Tembleque—. ¿Empezamos mañana?

—Cuanto antez, mejor; no zea que la rezcate otro —contestó Jones.

Así que todo siguió su curso.

Arturo iba el primero: su poderoso olfato le llevaba a descubrir sin ningún esfuerzo las hojas quemadas y las ramas ennegrecidas. El caballero, montado en Punta de Lanza, lo seguía.

Subieron valles y bajaron colinas, sin dejar de ir en línea recta, siguiendo el rastro de Jones.

Durante todo el trayecto, Tembleque no paró de pensar en la damisela de sus sueños. Se la imaginaba perfectamente: sería alta, con los ojos grises, como le había dicho a la bruja, pero también con otras cualidades que no se había atrevido a mencionar ante una persona tan fea, porque era muy educado.

La damisela tendría el cabello dorado, muy largo y suave. La nariz recta o quizá aguileña. Una nariz noble.

Su boca sería como un capullo de rosa, y sus mejillas, de una exquisita palidez, como correspondía a una dama de alcurnia que debe protegerse la piel, tanto del sol excesivo como de los crudos vientos del invierno.

Tan absorto andaba en sus propios pensamientos, que no paraba de darse golpes con las ramas de los árboles, pero no le importaba gran cosa.

—A saber lo qué estarás pensando —le decía el unicornio, pero Tembleque no soltaba prenda.

Más de una semana estuvieron en camino hasta que, por fin, llegaron al castillo.

El caballero iba con la mirada perdida, como de costumbre, cuando Punta de Lanza se paró en seco al bajar una escarpada colina, obligando a Tembleque a agarrarse a su cuerno para no salir despedido.

Mientras se enderezaba de nuevo, pudo ver cómo el león volvía sobre sus pasos.

—Creo que hemos llegado, Lequeleque. Allí abajo está el castillo, y he oído con claridad una voz dando gritos —le dijo.

—¿Una voz femenina?

—Sí.

—¿Que grita «Socorro» y «Ayudadme»?

—Exactamente.

—¡Oh, cielos! ¡Qué dicha la mía! —exclamó Tembleque, emocionado.

Siguieron al león hasta abajo, justo donde se veía el último redondel de tierra chamuscada. Algo más lejos, se vislumbraba lo que parecía ser un castillo. Efectivamente, de una torre muy alta, que perfilaba su negrura contra el cielo, llegaban unos gritos que pedían auxilio.

Todavía quedaba luz suficiente como para reconocer la forma que se encontraba situada frente a las puertas del castillo, dándoles la espalda. La brisa de la noche les hizo llegar un olor familiar.

—¡Hombre! ¡Si es el viejo Jones esperándonos! —exclamó el hidalgo, al tiempo que descabalgaba.

Punta de Lanza empezó a mordisquear la hierba de alrededor y a Tembleque, al verlo, le entró hambre.

—Oye, ¿por qué no te haces con algo para cenar y le pedimos a Jones que nos lo pase por el horno? Se lo digo. ¿Qué te parece?

Al acercarse al dragón, pensó en darle un susto, así que se aproximó a su cola sin hacer ruido, sacó la espada, le dio un golpecito y dijo:

—¡Ujújú!

Sin embargo, la reacción de Jones no fue volcánica como la vez anterior, sino que se levantó muy, muy despacio y se dio la vuelta para verle mejor, también con gran lentitud.

—¡Hola, Tufi! Soy Lequeleque. Ya hemos llegado, y pensaba que te apetecería cenar algo con nosotros.

La voz que le respondió rasgando las tinieblas no ceceaba lo más mínimo.

—¿Algo..., ah, para cenar? Me... parece, ah..., que mi cena... la tengo delante de las narices.

Capítulo 12

EL primer pensamiento de Tembleque fue echar a correr, pero, antes de que empezara a hacerlo, oyó un grito de alguien que pedía auxilio desde la torre. Entre el grito y la certeza de que, si echaba a correr, no se libraría esta vez de acabar frito, decidió quedarse quieto.

Pensó que aquel dragón, por lo despacio que hablaba y se movía, no debía de ser muy listo. Tenía que ganar tiempo como fuera.

—¿Ah, sí? —le dijo en tono frívolo, como si no pasara nada—. Conque te comes a la gente, ¿no? Debe de ser fatal para tu salud.

Se hizo un silencio. La luna salió de entre las nubes e iluminó la escena con su luz plateada.

Tembleque pudo ver que aquel dragón se parecía muchísimo a su amigo Jones, salvo por el color, pues era verde y no rojo.

El dragón parecía confundido.

—¿Por qué... ahhh... dices eso?

—Estropea la dentadura y se te pondrá mal aliento —le contestó el caballero.

El dragón verde se quedó pensativo.

—Sólo me como a los... ahhh... mejores.

A su alrededor había pruebas de ello. En torno a él se amontonaban armaduras, lanzas, mazas y espadas, yelmos emplumados y escudos con blasones. Eran los despojos metálicos de muchos caballeros digeridos hacía tiempo.

—Los mejores son los peores para tus dientes. Masticando todas esas armaduras, vas a acabar con tu dentadura —le dijo Tembleque.

—Con más... ahh... razón puedo comerte, entonces. Como... ahh... tú no llevas armadura... —le contestó el dragón, abriendo sus fauces de par en par.

Cuando más tarde recordaba esos momentos, Tembleque no se lo podía creer: ¿cómo él, caballero con los nervios a flor de piel, había actuado con tal frialdad, decisión y rapidez? Pues sí. El caballero Tembleque encontró la valentía que tanto había deseado, sin la ayuda de nadie y en los umbrales de la muerte.

Olvidando su torpeza, se movió como un rayo para agarrar una de las lanzas caídas y la introdujo en la boca del bicho, con lo que la lanza quedó clavada entre sus mandíbulas. Por si esto fuera poco, después le encajó un escudo en plena garganta. El dragón, metiendo un ruido terrible, dirigió una bocanada de fuego hacia el círculo de hierro y éste pasó de un rojo oscuro a un rojo brillante. Realmente pretendía que las llamaradas alcanzaran a Tembleque, pero no pudo conseguirlo porque el escudo protegía al caballero.

Al cabo de unos instantes, el pequeño cerebro del dragón registró, por fin, qué era lo que le obstruía dolorosamente la garganta y, dándose la vuelta con torpes movimientos, hundió la cabezota en el agua del riachuelo que rodeaba el castillo.

«La suerte es de los valientes», dice el refrán, y es verdad que Tembleque tuvo suerte, pues antes allí no había ningún puente y, sin embargo, ahora tenía uno para cruzar el riachuelo.

Caminó con agilidad por el lomo del bicho y saltó atléticamente el espacio que le separaba del

punto levadizo, se agarró a la hiedra de la pared y, con la destreza de un consumado gimnasta, se aferró al extremo superior del puente. Después, miró hacia abajo y vio cómo el dragón alzaba hacia él su cabezota chorreante de agua.

El animal había conseguido deshacerse de la lanza y del escudo y le miraba con los ojos llenos de odio.

—Alguien... ah... va a morir —dijo, muy despacio, con su profundo vozarrón.

Tembleque desenvainó la espada y le contestó:

—¡A fe mía que serás tú quien muera! —y de un solo golpe cortó la pesada cadena que sostenía uno de los lados del puente. Después, como si fuera un funámbulo, cruzó al otro lado, repitió la operación y saltó fuera de peligro.

El puente, sin nada que lo sostuviera, chirrió bamboleándose sobre el enorme dragón verde, e inmediatamente después, con un crujido espantoso, la inmensa y pesada mole se venció sobre el animal.

Cuando el eco de lo sucedido se hubo apagado, Tembleque echó un vistazo y no vio nada más que un pedacito de la cola de su adversario asomando por el extremo del puente caído.

Lo que quedaba de la cola se movió una, dos y tres veces, y después, se quedó quieta.

Capítulo 13

TEMBLEQUE siguió su camino. Tenía que superar la reja que le cerraba la entrada, pero con unos golpes de espada consiguió abrir un espacio lo suficientemente desahogado como para que pasara su cuerpo. Accedió así al patio del castillo, dispuesto a enfrentarse con el enemigo que fuera.

Sólo que allí no había nadie. Los castellanos, después de cerrar las rejas y subir el puente, o habían huido o se los había merendado el dragón.

En todo el castillo sólo se oían los gritos de socorro de alguien en peligro.

Tembleque tuvo claro que la voz venía de una torrecilla que se alzaba en la parte más protegida del patio. Efectivamente, cuando miró hacia el extremo de la torre distinguió, a la luz de la luna, una mano diminuta que agitaba un pañuelo en el aire de la noche.

—¡Salvadme, oh, salvadme! —gritaba la voz—. ¿Quién vendrá en mi rescate?

—¡Yo! —chilló Tembleque—. ¡No desesperes, noble dama! ¡Estaré contigo en unos segundos! —y salió corriendo en aquella dirección.

La puerta de la torre estaba construida para resistir al más fuerte invasor, pero el caballero la sacó del quicio con un solo golpe de su espada y subió de tres en tres las escaleras de caracol.

Tembleque era feliz. Por fin se cumplía su destino. Había ganado un torneo, había acabado con un dragón y, en unos instantes, liberaría a una damisela en apuros. Lo que es más: la damisela en cuestión —estaba seguro— sería la chica de sus sueños.

Casi, casi se puso a cantar su cancioncilla, pero se abstuvo al acordarse de la promesa que le había hecho a Jones y, además, porque le faltaba el aliento. Se detuvo, jadeando, al llegar al final de la escalera. Allí pudo ver, a la luz de la luna que se filtraba por un ventanuco de la torre, otra puerta, y por una rejilla de la misma, un par de ojos que le observaban detenidamente.

Ojos grises —pensó—. Mi color favorito, y además la doncella es alta, porque si no, no llegaría a la rejilla. Me apuesto lo que sea a que es como la imaginaba: mejillas, nariz, boca, cabellos dorados y todo.

—¡Apártate de la puerta, noble señora, que voy a echarla abajo! —gritó.

—Ahorra tus fuerzas, noble señor —le contestó una agradable voz, baja y suave, que le sonó familiar—. Esta puerta está cerrada con un cerrojo.

—¿Cómo sabes que soy un caballero, si no llevo armadura? —le preguntó él asombrado.

En ese momento, la puerta se abrió de par en par y Tembleque vio la celda que brillaba bajo la luz lunar y una figura que se destacaba sobre el fondo de la habitación.

Vestía enteramente de negro: llevaba un sombrero negro, se envolvía en una capa negra y a sus pies tenía un gato, negro también. Un pañuelo negro le tapaba la cara.

—¡Tú! —gritó Tembleque.

—Yo —contestó la bruja.

—Pero... ¡tú no eres una damisela!

—¡Claro que lo soy! Una damisela es una mujer joven y que no está casada! Yo soy joven y no tengo marido, así que...

—Pero no estás en apuros.

—¡Claro que lo estoy, y desde que nací además! ¡Desde mi bautizo!

—¡Oh, no! —exclamó el caballero—. No irás a decirme que en tu bautizo te maldijo tu madrina, que era muy mala, ¿verdad?

—Pues... sí —contestó la bruja—. Me maldijo.

—¿Y cuál fue la maldición?

—¡Ésta! —y, con una mano, la bruja se desembarazó del pañuelo que le tapaba la cara y, con la otra, del sombrero que la cubría.

Todo el mundo sabe cómo son las brujas. Todo el mundo sabe lo de la piel arrugada de la cara, el cabello desgredado, los labios prietos, la nariz que se curva hasta tocar la barbilla puntiaguda. Bueno, pues su cara era exactamente así, y Tembleque no pudo remediar un escalofrío de horror, aunque intentara disimularlo.

—¿Qué te parezco?

—Una bruja —le contestó Tembleque, pues no supo qué otra cosa podía decir.

—Exactamente. En una bruja me transformé en cuanto dejé de ser niña, y, como comprenderás, con esta cara no tuve más remedio que aprender magia y convertirme en una bruja de verdad.

—¿Así fue como hiciste desaparecer mi armadura y como afilaste mi espada?

—Sí, y puedo hacer mucho más; pero por mucho que haga, hay algo que no puedo hacer.

—En los cuentos siempre sale un hada que deshace el hechizo, ¿verdad? —le preguntó Tembleque.

—Y en mi vida, también. El hada dijo que algún día aparecería un caballero que me devolvería la belleza. Un noble caballero, gentil y valiente. El más valiente entre los valientes. Y lo he encontrado.

—¿Te refieres a mí? —le preguntó el hidalgo.

—Me refiero a ti, caballero Tembleque, campeón de Inglaterra, vencedor del gran dragón verde. Tú puedes salvarme del maleficio con un acto de coraje, si quieres.

—¡Claro que quiero! —gritó Tembleque—. ¿Qué he de hacer?

—Tienes que darme algo.

—¿Algo? ¿El qué? ¡Lo que sea!

—Un beso.

* * *

PASÓ UN LARGO RATO hasta que uno de los dos habló. Mientras, sólo se oyeron los ronroneos del gato que se frotaba contra el borde de la capa de la bruja. Al hidalgo el cerebro le daba más vueltas que una peonza, y pensó que hubiera preferido acabar con una docena de dragones o con doscientos caballeros antes que besar a aquel adefesio.

La bruja se adelantó un paso.

—Un corazón cobarde no vencerá —le susurró, y levantó su horrible rostro hacia él—. Por favor —suplicó a continuación.

Era una súplica que la cortesía del caballero no podía desoír, así que se inclinó hacia la bruja cerrando los ojos y besó una de sus mejillas, sin poder evitar una mueca de disgusto al rozar su áspera piel; pero en ese mismo instante, esa misma piel adquirió la suavidad y la tersura del melocotón maduro.

Tembleque retrocedió y abrió los ojos.

Frente a él, vestida con una túnica de seda azul del color de las nomeolvides, una capa amarilla del color de las primulas y chinelas blancas como campánulas, se alzaba una doncella.

No era la damisela de sus sueños, pues su pelo no era dorado, sino castaño, y no lo llevaba largo, sino corto. Además, no tenía la nariz aguileña. Era chata y su boca era ancha y sonriente, no como un capullo de rosa. Para terminar, sus mejillas no eran pálidas tampoco, sino que tenían un aspecto muy sano, propio de una persona acostumbrada a pasear al sol o bajo la nieve.

Al instante, la imagen de sus sueños, la damisela rubia y fría, desapareció sin dejar rastro y para no volver nunca más.

—¡Oh! ¡Qué bonita eres! ¡Eres como un ramillete de flores, como un puñado de margaritas recién cortado! —exclamó emocionado.

—¿Así me llamarás? —preguntó la doncella.

—¿Así? ¿Cómo? —le preguntó Tembleque.

—Margarita. Tengo que tener un nombre, ¿entiendes? —le respondió ella.

—Margarita. Sí, te va ese nombre. Mi señora Margarita.

—Sólo si me caso con un caballero.

Tembleque se atragantó.

—Supongo que no te apetecerá casarte con un caballero que no es más que un manojo de nervios, ¿no?

—No —le contestó Margarita—, pero sí me apetece casarme contigo, querido Lequeleque.

Capítulo 14

JONES reapareció al día siguiente.

Lucía el sol, no se veía ninguna nube en el horizonte y los pájaros piaban como unos descosidos.

Cuando Tufi se aproximó, pudo ver a sus amigos en la verde explanada que había frente al castillo.

El unicornio estaba pastando y el león Arturo y el gato Grim contemplaban a sus señores.

Lequeleque y Margarita bailaban, y la verdad es que lo hacían de primera.

Que la dama Margarita fuera una experta bailarina, nadie lo hubiera dudado; pero era difícil reconocer en el consumado y sonriente bailarín que danzaba a su lado a aquel primitivo caballero, patoso y desgarbado.

Tufi se dirigió hacia ellos con un potente chorro de fuego y, al oírlo llegar, los bailarines dejaron de bailar y levantaron sus miradas hacia él.

Le oyeron cantar mientras planeaba para aproximarse a ellos y, aunque no lo entendían, estaba muy claro que la canción era de lo más alegre. Como les hizo mucha ilusión volverlo a ver, no se inmutaron a pesar de su estruendoso aterrizaje.

—¡Tufi, grandes noticias! —le gritó Tembleque.

—¡No me digaz! ¡Deja que lo adivine! —respondió el dragón—. ¡Te haz cargado a uno de miz primoz!

—¡Oh, cielos! ¡No pensé que fuerais de la misma familia!

—No lo pienzez máz —le tranquilizó Tufi echando una mirada al pedacito de cola verde que sobresalía por debajo del puente levadizo—. Lo reconozco, ¿zabez? Era el máz tonto de miz primoz, te lo aseguro.

—Bueno, pero no era eso lo que quería decirte.

El dragón encarnado miró a la feliz pareja y su ancha faz se abrió en una mueca sonriente.

—¡Oh, qué bien! —dijo con dulzura—. ¡Y vaiz a cazaroz como me llamo Jones!

* * *

Y, EFECTIVAMENTE, se casaron al cabo de unos días.

Fue una boda muy sencilla. Había poca gente, quizá por el olor que despedía uno de los invitados.

Margarita llegó montada sobre el unicornio, que iba profusamente engalanado, y cuando descabalgó y echó a andar, con el gato Grim a su lado, a Tembleque le pareció que era un sueño hecho realidad, y eso es lo que era, claro.

Después de la boda, se celebró un banquete. Decidieron que fuera al aire libre, junto a un riachuelo cercano y bajo la sombra de los árboles.

Margarita, a pesar de lo guapa que ahora era, había conservado todos sus poderes mágicos, y

con sólo chasquear los dedos hizo aparecer ante los comensales una mesa redonda repleta de los más exquisitos manjares.

Para Punta de Lanza, como era vegetariano, había centeno, zanahorias tiernas y hierbas frescas. Para Arturo y Tufi, filetes de buey, patas de cerdo y chuletillas de cordero, y para Grim, una fuente llena de pescado.

Frente a los novios, un gran pastel de bodas, que Tembleque cortó con exquisito cuidado para no estropear la decoración de la punta. Era un castillo de azúcar cande en miniatura, perfecto en todos sus detalles, incluso con una torrecilla que tenía una ventana por la que aparecía una mano diminuta con un pañuelo minúsculo.

Los novios brindaron en sus cristalinas copas de vino blanco, pero bebieran lo que bebieran, jamás bajaba el nivel del líquido dorado.

—¡Qué día, mi señora! —exclamó el caballero con un suspiro cuando las primeras sombras de la noche aparecieron en el cielo.

—¡Qué día, mi señor! —corroboró Margarita.

Se cogieron de la mano para observar la puesta del sol mientras todo el cortejo dormía a su alrededor.

—Son muy buenos compañeros —dijo Tembleque—. Si algún día tenemos un hijo, me gustaría llamarle...

—No podremos llamarle Punta de Lanza, ¿verdad?

—Ni Grim.

—Ni Tufi.

—Pero Arturo sí —dijo Tembleque—. ¿A que es bonito? ¿No suena bien? Con una madre como tú, bien podría ser un gran hombre.

Margarita miró cariñosamente con sus bellos ojos grises al hidalgo pelirrojo, cuyos bigotes ahora se erguían orgullosos.

—Con un padre como tú, nuestro hijo bien podría ser el mejor de los caballeros. Podría ser rey, incluso.

El caballero Tembleque se atragantó con el burbujeante vino.

—¡El rey Arturo! ¡No me hagas reír! —y se rió a grandes y sonoras carcajadas.

Tanto se rió que el unicornio, el león, el dragón y el gato despertaron de su sueño.

Jones bostezó ruidosamente.

—¿Qué mozca te ha picado? —le preguntó.

—Nada, amigo, nada. Y hablando de picar, ¿por qué no nos acabamos el pastel?

Y así lo hicieron.





DICK KING-SMITH. Escritor británico. 1922-2011. Nació en Bitton, Gloucestershire. Granjero durante años, luego se hizo maestro en Bristol. Después de publicar relatos cortos en *Punch*, escribió su primer libro, *Gallinas supergallinas*, en 1978, para entretener a sus nietos.

Las historias sobre animales de King-Smith se sitúan en la tradición de autores como E. B. WHITE y Meindert DEJONG.

Es destacable su peculiar mezcla de realidad y fantasía, su capacidad de observación, y su modo de contar sencillo y eficaz, con el que logra presentar con verosimilitud y sentido del humor las escenas de las relaciones entre animales. Sus personajes humanos están bien dibujados pero la acción siempre se centra en los animales, que nunca hacen cosas «raras» salvo hablar entre sí, podríamos decir que como cabría esperar de las psicologías que adivinamos al verlos actuar. Sin moralizar, las obras de King-Smith transmiten aprecio hacia los animales, y tienen una intención satírica y didáctica como las viejas fábulas, pues resaltan cualidades como la paciencia, la comprensión, el respeto a las diferentes cualidades ajenas.